

Caño Negro

II

Hace años que tenía el deseo de visitar Caño Negro. Una gran laguna en la época de lluvias, que queda seca medio año. Y en ella habitan los gaspares. Esta vez, la visita es en época seca.

Viajando por esta región, me entero, porque lo veo, de la diferencia entre río y caño. Un caño es un río que no tiene manantial, es decir, que su flujo de agua depende de su boca y no del presunto lugar de nacimiento. En consecuencia, se llena por las lluvias o desde el río, y casi no tiene corriente.

Según el mapa, Caño Negro dista de Los Chiles unos 60 Kms. Pero esto en línea recta. Siguiendo los meandros del Río Frío, debe ser el doble.

Ahora Caño Negro tiene poca agua. Su ancho no sobrepasa los doscientos metros. Lleno, debe cubrir, según se aprecia, los doscientos kilómetros cuadrados. Me prometo volver en septiembre, cuando llueva bien.

En Caño Negro hay una población. Cuento once casas en torno a una plaza imponente.

Y nos instalamos en el atracadero a pescar.

Pero antes de hablar de la pesca, la tragedia, silenciosa, nos acechaba.

En una urbe de once casas... no nos encontramos.

Llegamos a un atracadero, visitando una cantina y volvimos al atracadero a esperar. El Sr. Rodríguez, lo supimos luego, llegó a "otro" atracadero, preguntó por nosotros en "otra" cantina... y no nos encontró. Y, ya verán, fue nuestra tragedia. Porque Caño Negro tiene dos atracaderos y dos cantinas; es demasiado grande, y nos perdimos así el bien planeado viaje a La Gloria.

Era mediodía. El ribazo, cubierto hasta la orilla de sombrosa arboleda. Antonio tendió su hamaca entre dos árboles y se tendió en la hamaca. Ronald y yo aprestamos los trabajos de pesca. Ronald, con señuelo. Yo puse un buen trozo de vaca en el anzuelo.



Constantino Láscaris C.

Debo confesar que siempre he sido escéptico de los señuelos y cucharillas. Sospecho que su éxito se debe nada más a no tener que mancharse las manos.

A lo lejos se veía brincar fuera del agua unos animales de más de un metro. Verlos alegraba los ojos.

Cebé con media libra de carne de las cercanías.

Aquello era un verdadero despilfarro.

Al cuarto de hora, ví una estela poderosa que se acercaba al flotador de mi caña. Y sentí un toque feroz. El hilo salía silbando del carrete. Le dejé ir unas veinte varas y le halé. Se resistió como un condenado. Y así estuvimos los diez minutos largos de dar y tomar. Me sentía exultante. ¡Tenía atrapado al monstruo!

Y lo venía acercando. Ya tenía el bichero preparado, para estrenarlo. ¡Oh, tristeza! Al tenerlo a unos cuatro metros, soberbio de dorso y de brinco... se soltó.

No cansaré con detalles. Cinco veces me pasó lo mismo. Al tenerlo, ya cerca, se suelta.

Y con cucharilla pasaba lo mismo...

Deprimidos, desesperados, fracasados, nos dirigimos al poblado. Allí nos enteramos, por un azar, de que ya no hacíamos viaje. Y teníamos que quedarnos. Mala noche. Pero al día siguiente, ¡a pescar gaspares!

Y volvía a pasar lo mismo. Jalonazo, pelea dura y, al tenerlo cerca, se suelta.

Adopté entonces una actitud netamente científica. Tenía que averiguar el por qué. Lo primero que hice fue meterme al agua, a explorar los fondos del

caño. Me encontré con más de medio metro de fondo limoso, fornado por un cieno fino y negro. De ahí, comprendí el nombre de Caño Negro. Y comprendí el por qué de la supervivencia en esa región de ese fósil viviente.

El gaspar es un pez ancho, con boca de lagarto. Nada rozando con el vientre la superficie del cieno y atrapando con las largas mandíbulas las sardinitas y animalillos que escarban en el cieno. El aislamiento de la región (como la del lago Nicaragua, a cuya cuenca pertenece) lo ha salvado todavía de la evolución y del hombre.

Hablando con los expertos de la localidad, me enteré de que no se lo pesca; se lo "caza" con arpón. Y pensando en que, funcionalmente, está más cerca del lagarto que del pez, llegué a la triste conclusión de que es un pez impescable. No es que ya lo tuvierá atrapado y se me escapase. No. Todo lo contrario. El me tenía atrapada la carnada en su boca (que es de hueso por dentro, y dura) y luchaba por quitármela. Al cansarse simplemente abría las fauces y soltaba la presa.

Tuve entonces la inspiración genial: un anzuelo grande de tres garfios. Examiné mi provisión y... tenía ~~de~~ todas las variantes menos de ésta.

Total abandonamos el gaspar, nos fuimos a un caño menor y nos dedicamos al guapote. Veintiocho guapotes de libra y media promedio calmaron la vanidad herida.

A todo esto, la entrada a La Gloria perdida, y otra noche sin alojamiento era ya inminente.

Proyectamos ir a pie hasta el Río Frío y allí hacer bote-stop. Pero tuvimos suerte. El Sr. Medrano apareció conduciendo un bote magnífico y aceptó llevarnos a Los Chiles; eso sí, durante la noche.

Optimistas por naturaleza, aceptamos gozosos. Nos cominos un pintado gallo pinto y nos preparamos para el viaje.

¡Oh, incautos, no sabíamos lo que nos esperaba!